

ficas distinciones, y por espacio de un mes justo habité bajo su techo y comí á su mesa en el Real sitio de San Ildefonso; lo cual vale como decir que aprendí mucho en tan breve período, porque de sus lábios y hasta en el trato más familiar y sencillo fluía la enseñanza á raudales. Hombres como Pastor Diaz se encuentran pocos; y si, teniendo sobre su personalidad tan alto concepto, mi ofrenda á su ínclita fama se resiente de humilde, harta y triste demostracion es de que la voluntad no tiene eficacia por sí sola para llevar los deseos más vivos á colmo.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

MADRID 7 de Agosto de 1866.

UNA CITA.

ANÉCDOTA.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincón de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando á la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazón, del fondo mismo de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del río de la patria, el eco de la campana de su iglesia, el rumor del viento entre sus árboles ó sobre sus techos, no se borran nunca del oído, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros Padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado.

Á pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente á tan tierna memoria; y sin embargo, los habia hecho. Ausente muy jóven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado despues en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hácia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de ménos, en las tormentas de su corazón, las borascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto

le hizo creer siempre fría su expresión, y apagados y pálidos los colores con que había iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecían indignos del objeto á que los consagraba: y si no hizo lo mismo con los que á su Madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público.

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares á que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicación. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos también inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos días.

Verdad es que cuando en 1833 escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se había vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos despues; y si bien pueden descubrirse en este otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera también parecer hoy imitación y contagio lo que bueno ó malo fué entonces un pensamiento propio. Así también mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito despues. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de los mismos que le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiración avanzan.

UNA CITA.

I.

El Anteojo.

Rayaba una hermosa aurora de Agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habían apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitación en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansión de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habían despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas ántes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habían engalanado ántes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen ántes que el sol las tueste, ántes que el calor sofocante de Agosto las fatigue. La religión las llama, el placer las espera..... van á una *romería*.

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el río, la villa y el mar. No puede llamársele colina; es más alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arran-

cando perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una region donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última roca es una ermita, y la rodea una plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele á veces sentarse el génio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes: allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracan. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descenden los torrentes; los trajes de la multitud que subia por todas las sendas, parecian flores que tapi- zasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se habia trocado en un vasto salon de fiesta.

Cubrianle por todas partes tiendas y pabellones, donde se ofrecian agradables manjares y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas é instrumentos rústicos. Habia bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacia tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecia palpitar de placer, y acudir tambien á la fiesta. Pronto se inflaman estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El tosco violin rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, rien, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inexplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario,

sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo á sus piés los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religion es un festejo, parecian no pertenecer á la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle, aquella reunion, cuyos movimientos se veian distintamente, pero cuyas voces no podian oirse, parecia un cuadro ideal, una vision milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa á quienes hacia salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno más entusiasmado, ninguno más ébrio de alegría que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus pies ligeros bullian en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oidos de todas las hermosas, y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundia aquella mañana. Vefase, en efecto, casi enloquecido á un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaidos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus labios, comunmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones, y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veian requebradas de repente y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. Él mismo extrañaba su trasformacion, y no podia contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo é intenso se habia hecho por un momento la inconstancia misma. Corria á todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba á otras, pero las dejaba á todas. En medio de su alegría, ninguna le fijaba ni le complacia. Su

contento brotaba de su corazón mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno había allí que le adoraba; y él lo sabía. Procuraba entretener á su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huía: el amor es una tristeza continua, y aquella mañana su pecho no quería más que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta, para reposar, cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía; su corazón dá un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante é indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entónces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Porqué aquel estremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilacion magnética? ¿Está ausente su adorada?... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la poblacion?... No: todas están allí.—¿Suspira en vano por alguna que venga su sexo, siendo ingrata á su cariño? No..... La pasion de su amante es aún más intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar á su lado? ¿Le separa de su querida algun obstáculo insuperable? No..... Para aquella noche le ha dado una cita..... ¡Ah! esta sola idéa basta para turbarle. La más terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento está palpitacion, á la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado; pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campi-

ña, y descubrir á lo ménos la choza donde se alberga.

Sí; una hija de las cabañas, una jóven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y *civilizadas* no habían podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulália. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones, ni bajos sus pensamientos, como decian muchos nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginacion, despreció demasiado á las mujeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sinó el placer. Le pareció que las rosas del campo eran más fáciles de coger que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor, acabó por ser amante.

Eulália no era una mujer comun: era una doncella hermosa, cándida y tierna, sinó comparable á una mañana brillante de primavera, sí á lo ménos á un dia puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de la rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos, como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodia; pero no es sólo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico; tienen tambien su atractivo y majestuosa belleza el copudo nogal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del Norte.

Tambien hay en las playas de aquel bello país ojos árabes y formas griegas. Eulália las tenía, y su corazón había recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada é interna; una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una

inglesa. Capaz de resistir á todas las ofertas del interés, y á las gracias más brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y más que todo, una atención delicada, una muestra de respeto, le podían inspirar la más tierna pasión. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas, sin alcanzar de ella una caricia; y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Había escuchado con desconfianza, pero con placer, las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazón, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponía pálida al verle, se envanecía de sus obsequios; y si en una solemnidad campestre la sacaba á bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentía la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreía; pero si hablaba á otra aldeana, lloraba. Luciano, atraído al principio sólo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba á través de esta firmeza, convirtió el interés en pasión. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno; pero la imaginación exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos días sin verse. Las romerías del campo ó los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solía Eulalia recibir á su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido jóven escalaba..... — ¡Qué! ¿Y eran puros estos amores?— Sí..... —Y Eulalia, introduciendo en las altas horas de la noche á su apasionado galán, ¿había conservado la inocen-

cia?—Nada más cierto. En vano el mundo se rie de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles á los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el tosco amor en los campos de mi patria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaria heroismo; allí basta que haya ternura. Después de un día de continuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre á su lecho de paja para dormir tranquilo, ó para desvelarse pensando en su amada. Asiendo su ferrado baston, arrojando el frio de la noche ó la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, ó trepando peligrosos derrumbaderos, camina sólo y á pié dos horas, á la luz de la luna ó de las estrellas, y escala arriesgado la habitacion de su querida..... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del día festivo que puede hablarla en el átrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos, ó tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor.— Ficción, ficción, exclamarán todos; pero todo es ficciones y paradojas para los que piensan conocer el corazón humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino á convencerle.

La noche de aquel día era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulalia; pero su imaginación se asía de esta falta para prometerse á la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habían visto en ocho días; y creía él que esta ausencia habria avivado su pasión. La

veía perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imágen no podía causarle tristeza, pero sí agitacion, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor más vivo con aquella memoria que le perseguía, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza á recorrer los bordes de la explanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serían más poderosas que un recuerdo importuno. Tenía delante de sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos, como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase á su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser más que el primer eslabon, y á su izquierda descubría todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su río, su villa, su puente, sus frondosos verjeles, sus campos floridos, y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo continuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atencion, y los techos de pizarra fijaron más su vista que los mares, las rocas y las montañas.

Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisba su presa, percibió allá léjos, muy léjos, casi en el horizonte, la mansion de Eulália. Más bién la adivinaba su imaginacion que la veían sus ojos; y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hácia una peña, donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca, con su techo aplomado y piramidal, no parecía entre la arboleda más que un pequeño

túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy léjos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un antejo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañon mortífero, parecía que sus ojos, á través de aquel instrumento, iban á hacer una conquista. Cree sorprender á su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento.... ¿Quién sabe?... Dirige el tubo.... allí está.... pero ¡oh fatalidad!... El antejo no es un telescopio perfecto: los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Sólo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hieren de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado; un temblor involuntario le sobrecoge, párase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si fuera á despeñarse, y deja caer maquinalmente el antejo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le habia herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?... No lo vió. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centellaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta vision singular es la que le aterró; aquella sorpresa le co-

municó un pavor extraordinario que no habia sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara á petrificarse; no podia pensar, no podia meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelléo habia llegado á su corazon ántes que á sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido: y Luciano, pálido, cruzados los brazos, despavorido como el que ha visto una vision del otro mundo, é inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningun ser viviente hubiera turbado su éxtasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del anteojo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba á sus lábios una sonrisa más amarga que todas las lágrimas, una voz dulcísima suena á su espalda, y llega á sus oidos un acento de tierna compasion, que exclama: ¡Pobre Luciano!...

Entónces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó tambien á celestial, y volvió la cabeza aguardando otra vision. No se engañó. Era la voz de un ángel; la criatura más hermosa le llamaba; era una jóven más pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin dudá habian seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasion habia vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió á él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo; y Luciano cedió á él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la Peña de la Cruz, y siguió á la hermosa; pero no contestaba á su acento ni á sus amorosas miradas. Ella

le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus lábios entreabiertos; al sentir fria aquella mano que tenia asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima tambien era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazon de Luciano como el rocío á una planta agostada. Su sangre volvió á circular con más libertad; las rosas volvieron á colorear sus mejillas; las idéas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexion natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, sinó con el fuego de la pasion, sí á lo ménos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasía la misteriosa impresion de la figura de plata.

El pensamiento á su vez se apoderó de ella para adivinarla; pero inútilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las explicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razon se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarron de azófar sobre la cabeza de una aldeana, ó un segador empuñando la afilada guadaña: su mente despavorida no podia comprender cómo objetos comunes causen una impresion tan mágica y durable. Lo fué sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar á lo ménos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire más extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecian fantásticas larvas. Los cantos de ale-

gría no cesaban, y aquellas voces las oía él como de una region remota. Hablaba á su hermosa compañera, á veces con fuego como si estuviese al lado de su querida, y otros momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus impresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase á un ser de otro mundo, ó á la sombra de una persona muerta.

En tanto habia pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercía toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban á la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con más estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrian todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen á despeñarse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban más á prisa, como acontece en la vida. Luciano habia anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto á la Peña de la Cruz, y volvió á herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunion no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles más corpulentos, aquellos sotos extensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada sucesion de días bellos: hay además en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió á participar de aquella dulce electricidad. Reclinado á la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y

mirtos, á orillas de un fresco arroyo, viendo el mar á través de las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones más tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló más que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas; improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana; y la espesura del soto, ocultando la Peña de la Cruz, ponía un velo de tranquilidad entre su corazon y la figura de plata.

Tal vez contribuía á este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvian á su bella amante, ántes esquivada: al fin sus mágicos atractivos le habian alucinado: la hablaba cen todo el fuego del amor, y la hablaba sinceramente. Á la caída de la tarde llegó paseando solo con ella á la fuente del arroyo, y la tenía casi abrazada. La infeliz, que se veía correspondida, extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia más seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caída la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se escondía entónces en los mares, parecia una víctima inmolada ya para siempre al imprudente jóven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebato de un momento era más vivo en su pecho que el efecto de una pasión arraigada; su voz se habia anudado á la garganta, sus manos asían á su amante con una fuerza volcánica, y sus lábios se inclinaban sobre los de aquella criatura

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba también; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresión enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazón que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frío; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresión funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.—«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!»—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetece; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. También la agitación de Luciano creció con la noche; también brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodean en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festín. Á su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deseo era un tormento; aquella agitación un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazón del jóven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-